

Globethics Repository



La Integridad [Integrity]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Beaven, Winton
Publisher	Comisión de apoyo a Universitarios y Profesionales adventistas (CAUPA)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-16 01:56:21
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/215966

LOGOS

Integridad

Winton Beaven

En la sala de operaciones de un gran hospital, una joven enfermera cumplía su primer día de responsabilidad total.

—Usted ha sacado 11 esponjas, doctor —le dijo al cirujano—. Usamos 12.

—Yo he sacado todas —declaró el doctor—. Ahora cerraremos la incisión.

—No —objetó la enfermera—. Usamos 12.

—Yo asumo toda la responsabilidad —dijo el cirujano en forma severa—. ¡Suture la herida!

—¡Usted no puede hacer eso! —estalló la enfermera—. ¡Piense en el paciente!

El doctor sonrió y entonces le mostró a la enfermera la esponja número 12. "Usted será enfermera", le dijo. La había estado probando para ver su integridad, y la tenía.

Integridad es una palabra casi perdida, un ingrediente que le suele faltar a nuestra sociedad. Y sin embargo es una cualidad sin la cual nuestra misma existencia como sociedad corre peligro.

Me crié en una comunidad rural en la región nortea del estado de Nueva York. Mi abuelo era granjero. En aquellos días había pocos contratos escritos. Los negocios se hacían con un apretón de manos. "La palabra de un hombre es su obligación", decía mi abuelo. Si uno estaba de acuerdo en hacer cierta cosa, la hacía, sin importar lo que sucediera.

Se necesita mucho en el mundo de hoy esta clase de compromiso, donde el aparecer como bueno y obtener una publicidad favorable parecieran ser blancos universales. Se nos dice que "la imagen" es todo.

Sin embargo, la imagen no es todo. La integridad es mucho más importante, pero sin una atención constante tiende a marchitarse.

Y al fin y al cabo, ¿qué es la integridad?

Es muy difícil de definir. La conocemos cuando la vemos, pero al igual que la palabra "amor" tenemos dificultad de definirla. Significa hacer lo que creemos que es correcto, tener la fuerza de convicción que nos capacita para ser directos y honestos. Es evitar el engaño y la conveniencia. Es ser confiable y sincero. Significa ser la misma persona para todos, y aun más.

La integridad en la vida y en la sociedad es tan silenciosa y personal que pasa casi inadvertida. El motorista que hace una mella en un guardabarro en la playa de estacionamiento y deja una nota con su nombre y dirección en el parabrisas; el cliente que devuelve el dinero que le dieron de más; el padre, quien, cuando llega una llamada telefónica desagradable, no le dice a su hijo: "Dile que no estoy en casa". Estos y otros incidentes son pequeñas muestras de una integridad real.

La integridad no es algo que se domina para toda la vida. No se la puede almacenar o embotellar. Es una virtud viviente que se pone a prueba constantemente y mientras uno viva, no hay un examen final de ella. Además, su práctica aumenta su longevidad.

En un momento puede perderse toda una vida de integridad. A menudo la sanción es elevada. Nuestro reciente panorama social está contaminado con "Watergate" e "Irangate"; con evangelistas de la televisión sin vergüenza o sin carácter; con financieristas de aparente gran éxito, que más tarde se revelan como individuos deshonestos. Una vez que se pierde la integridad es difícil recobrarla. A menudo la conversión religiosa parece ser el único camino de volver atrás, lo cual puede crear gran escepticismo.

La integridad está ligada a la escala personal de valores que se desarrolla durante toda la vida. Quizá no

examinamos nuestros valores *lo suficiente*, y como consecuencia caemos en el engaño más peligroso de todos, el de engañarnos a nosotros mismos.

La escala de valores del cristiano enseña de manera uniforme que, después de la lealtad a Dios, nuestra familia es de importancia primordial; debería tener prioridad sobre la mayoría de los otros valores, incluyendo la carrera y el trabajo. Con todo, ¿cuántos de nosotros ensalzamos ese valor mientras lo violamos en forma evidente? El descuido de la familia es omnipresente mientras nos lisonjamos de haber alcanzado el éxito, y con todo, pocos hacen algo significativo acerca del hogar.

Tengo un amigo cuya integridad se demostró en forma patente hace algunos años. Era un ministro, un obrero de la iglesia, un buen esposo, un dirigente de éxito en su campo. Pero al igual que muchos otros ministros, no era omnipresente; a menudo no estaba en casa. Sus hijos adolescentes comenzaron a atraer más y más la atención por su conducta antisocial hasta que se involucró la policía. En ese momento crítico buscó asesoramiento para tratar con el problema de su familia, el cual indicó que la necesidad más grande de los hijos era un padre "presente". A las pocas semanas el padre renunció a su posición, abandonó su "carrera", y se trasladó con la familia a un ambiente totalmente distinto.

Me alegro de poder decir que el cambio tuvo éxito, pero aun si hubiera fallado, mi amigo habría demostrado gran integridad. Ese hombre practicaba lo que predicaba.

Todos los días, cuando voy a mi oficina, en el Kettering Memorial Hospital, me viene a la memoria la virtud de la integridad. Al pasar frente al George Nelson Auditorium, tengo presente que esta institución fue creada sobre el principio de la integridad.

En primer lugar, está la integridad del ingeniero Eugene Kettering, hijo del gran inventor, Charles F. Kettering. Estaba decidido a erigir un monumento conmemorativo en honor a su padre fallecido, que fuera una institución de la máxima calidad, pionera en el campo del cuidado de la salud. Cuando invitó a la Iglesia Adventista para que fuera partícipe en aquella empresa, la iglesia envió a George Nelson, superintendente del Hospital de Glendale, para que fuera el fundador y co-creador del proyecto.

Estos dos hombres, tan diferentes entre sí, pronto encontraron un común denominador. Era una devoción al honor y a la calidad, a hacer las cosas bien, no por el aplauso o el reconocimiento sino porque debían hacerse *bien*. Pronto se desarrolló un vínculo de confianza entre ambos.

George Nelson había estado en ese trabajo sólo unas pocas semanas cuando el Ing. Kettering llegó a la oficina donde trazaba los planes. Llevaba un cheque que en forma indiferente echó sobre el escritorio con las palabras: "George, he abierto una cuenta en el banco _____ para usted. Aquí hay un depósito. Cuando se termine, habrá más". Nelson le agradeció y continuó con su trabajo. A la hora del almuerzo recogió el cheque y lo miró por primera vez. ¡El cheque era por \$1.250.000 dólares y estaba a su nombre!

Varios años más tarde, no mucho antes de que falleciera el Ing. Kettering, Nelson le preguntó por qué, habiéndose conocido hacía tan poco tiempo, le había confiado semejante cheque. Kettering respondió: "George, confío en usted aun más de lo que confío en mí mismo".

Una vida de integridad es el ideal, pero todos ocasionalmente tenemos deslices. Mejorar nuestra integridad significa proseguir la verdad dondequiera y cuandoquiera que la encontremos, manteniéndonos firmes aunque nadie nos siga. Significa no aceptar el *status quo*, evitar las mentiritas, no repetir los rumores infundados. Significa ayudar en forma anónima, contraer y cumplir compromisos, y ser responsables por nuestras acciones.

Mejorar nuestra integridad significa hacer el llamado telefónico que hemos estado evitando, luchar por la fidelidad en las relaciones, y asociarnos con otros que tienen en alto esta virtud.

La integridad de una persona inspira a los que están a su alrededor. El criar a nuestros hijos en el espíritu de integridad los ayuda a conducirse en forma honorable en la sociedad. La integridad profesional a menudo conduce a la prosperidad.

Hace unos meses miré las cubiertas delanteras de mi auto y pensé que necesitaba unas nuevas. Fui a un taller bien establecido cerca de mi casa y averigüé acerca de cubiertas, precios y otros detalles. El dueño, que me estaba atendiendo, dijo: "Permítame ver sus cubiertas", así que lo acompañé hasta el automóvil. Después de una breve inspección, comentó: "Me gustaría venderle algunas cubiertas nuevas, pero en realidad usted no las necesita. Si las rotamos, le servirán por otros 16.000 kilómetros más".

¿Quién crees tú que será mi próximo proveedor de cubiertas? Las personas que revelan integridad inspiran confianza, respeto y paz mental en

otros. Solemos volver al negocio o a las personas que nos trataron bien.

Cada año hacemos cientos de decisiones en las cuales surge la cuestión de la integridad. ¿Cuál será nuestra actitud cuando el mecánico del auto nos cobra de menos? ¿O cuando estamos tentados a sacar ventaja de un asociado o de un cliente? ¿O cuando vendemos un producto como "perfecto" sabiendo que tiene defectos?

La integridad le da significado y propósito a la vida e imparte valores duraderos que trascienden los caprichos y las locuras contemporáneas. Tiene en cuenta la valentía y la firmeza de acción y ayuda a eliminar la desconfianza de uno mismo.

Probablemente nadie lo ha expresado mejor que una escritora, hace ya casi un siglo:

La mayor necesidad del mundo es la de personas que no se vendan ni se compren, personas que sean sinceras y honradas en lo más íntimo de sus almas..., personas cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo, personas que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos.²

NOTAS

1. Este relato lo contó Arthur Gordon en una junta en 1986.

2. Elena G. de White, *La educación* (Florida, Argentina: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1976), p. 54, ligeramente parafraseada.

Winton Beaven es asistente del presidente del Kettering Medical Center. Ha sido profesor de comunicaciones, decano y presidente de varias instituciones educativas adventistas.

Cristián

